



*«a ver cuando me hace usted unas poquitas»*



*Porque la tía Nines era gordita... por decirlo suave, o por lo menos con la suavidad que lo decía el abuelo Apolonio, que la adoraba.*

*Pero se la adorase o no — que como es natural tenía también sus detractores — en lo que había que estar de acuerdo era en que siempre fue una verdadera monería de gorda con su cinturita, muy bien marcada, y sus tobillos finos y su busto tan firme; y su boca tan roja y aquellos ojos suyos y... aunque para qué describirla si, entre las fotografías encontradas en una caja de alfajores La Estepaña que permaneció durante años olvidada — hasta que nos cambiamos de casa y en la mudanza se vaciaron todos — en uno de los cajones del escritorio, apareció ésta de*

*la única vez en toda su vida que salió de casa<sup>1</sup> para, por cierto y qué comparaciones tan tontas pueden hacerse a veces, poner sus piececitos desnudos en una playa.*

*Pero no se ahogó; o no porque no supiese nadar — que en verdad no sabía — sino porque pese a todos los dimes y diretes (que es como Alicia Lastra<sup>2</sup> nunca llamó a los “chismorreos” pero ciertas pretensiones literarias transcribieron así) Nines no cometió, hasta el fin de sus días, ninguna insensatez irreversible...*

*(Continuará)<sup>c</sup>*

---

<sup>1</sup> Pero no fue así, aunque no lo fue por culpa específicamente de nadie sino porque le había tocado — a ella, Nines, con aquel su tan buenísimo carácter y la gran facilidad que la adornaba tanto para adaptarse a lo que había como para emprender las empresas más tediosas con auténtico entusiasmo — vivir tiempos de inestabilidad, de grandes cambios en la estructura de una sociedad que embargada por sus propias inquietudes, por sus miedos a romper las reglas del juego y verse marginada, se distanció del espíritu lúdico que tiempo atrás le diera vida, (a Nines), y no supo, (la sociedad), o no quiso, bajo el influjo de una nueva concepción de la realidad más taciturna, dar una solución vivaz, u ocurrente, o humorística, a un hecho tan del todo trivial como que nadie — porque ese tipo de situaciones se habían dado con frecuencia desde que nuestro mundo era mundo — tuviese una idea medianamente ingeniosa para explicar

---

<sup>1</sup> Entendiéndose por “casa” obviamente no las cuatro paredes que nos resguardaban del calor o la lluvia o el frío sino el mundo tan particular en que habitábamos y por el que ella se movía, con sus tacones de aguja, como pez en el agua.

<sup>2</sup> Su “alter ego” durante los pocos meses que mediaron entre la espantada que pegó Gracia Clotilde cuando se enfadó y la destitución de la Aranguren mediana, que dejó de ser Genoveva — la Genoveva que habíamos conocido todos desde siempre — para ser reemplazada, en la persona de Lorena Fraile, por una tal Georgina de la que se murmuraba había intrigado y empleado malas, pero que muy malas artes, para desbancarla.

---

que, sencillamente, Nines había muerto a manos de la tía viuda de las de Cornejo que, cuando se vio allí, de pie delante de todo el mundo mirándola, se quedó en blanco – y eso que tenía no poca cuerda tramando chismes – y todo lo que se le vino a la cabeza fue el final del último capítulo de la novela de por la tarde.